

-Ni al orden obrar, habia el á tenerse obisun pinguo
 batallon, persiguiendo á la balloneta á los contrarios hasta
 la cima del cerro.

Fatal habia sido el ataque para los republicanos; pero
 su fuerza era tan crecida, que pronto podian volver á la
 carga con nuevas columnas; y cuando eran rechazados de
 una parte, ya presentaban el ataque por otra. En el úl-
 timo que dieron á la Cruz en la tarde de ese dia, habian
 introducido tres batallones por la calle de los Cipreses,
 que está al flanco derecho de la Cruz, y como se cubrian
 con las mismas fábricas, pudieron penetrar sin ser vistos
 hasta la barda de la huerta del Convento. En aquel ac-
 to, toda la fuerza se hallaba sosteniendo el último y rudo
 ataque que se dió en toda la línea Oriente y Norte: se dió
 aviso al general Márquez de la fuerza que por allí iba
 penetrando, á cuyo peligro ocurrió con un valor de que
 hay pocos ejemplos: primero, con diez y siete hombrás del
 1er. batallon, entró á la huerta y atacó á los enemigos por
 la misma barda; y saliendo violentamente, con la guardia
 de un fortín y una pieza, ocurrió á batir de frente á aque-
 lla columna, que rechazó de una manera admirable. Cuan-
 do salia á ejecutar esta operacion, se le unió el coronel
 Ramirez Arellano, que lo acompañó en el ataque de frente.

Como el ataque de ese dia fué general y duró ocho
 horas, hubo necesidad de que tomara parte toda la guar-
 nicion, cumpliendo todos con su deber y haciéndose mu-
 chos prodigios de valor en aquella gloriosa jornada; pero
 se distinguieron de una manera especial, el general Már-
 quez en la calle de los Cipreses, cuya accion fué de las
 verdaderamente heroicas: el general Miramon en la Ala-
 meda; el general Mejía, en los dos ataques que sufrió su
 línea; distinguiéndose mucho en el último, el coronel Qui-
 roga, el comandante D. Francisco Araujo y el paisano
 D. Gorgonio Niño; en la línea del rio, el general Castillo
 á quien se ascendió á general de Division: el coronel

R. Arellano: el coronel D. Juan de D. Rodriguez, que fué
 herido, y á quien luego visitó personalmente el Empera-
 dor, concediéndole la cruz de Guadalupe, como premio á
 su valor: el capitan Dominguez, que acompañó al general
 Márquez á la huerta de la Cruz, allí fué herido y murió
 una hora despues, los capitanes Lingder, Miguel Gutiér-
 rez y Rafael Renteria, este último ascendió á comandan-
 te del primer batallon; y el comandante D. Macedonio
 Victoria, que con algunos paisanos fué quien quitó la
 pieza rayada.

En aquel ataque tan formidable, tuvo la guarnicion de
 la plaza 252 bajas entre heridos y muertos: al enemigo se
 le hicieron cerca de 400 prisioneros, perdió como mil
 hombres muertos y heridos, y sufrió una gran baja en lo
 que se dispersó de toda su línea.

El dia 15 á la vez que la guarnicion esperaba á los
 contrarios en la línea de batalla, creyendo se daría un
 segundo ataque, el Emperador se ocupaba de arreglar el
 servicio de hospitales para los heridos, no solo de la pla-
 za, sino de los que se recogieron de los sitiadores. El
 Dr. D. Joaquin Martinez gefe de la seccion sanitaria del
 ejército, quedó enargado de todo lo relativo al servicio
 temporal de los enfermos, y para llevar el bálsamo espi-
 ritual, en aquellas almas, poco antes agitadas en el calor
 del combate, como las olas por una tempestad, se encar-
 gó al P. Fr. Luis Aguirre ayudado de los sacerdotes de
 la ciudad, Guizasola, Figueroa y Camacho. Grave difi-
 cultad era proveer los hospitales de todo lo que necesita-
 ban, cuando se carecia de recursos; pero el Emperador
 nombró una comision que exlara los sentimientos de ca-
 ridad de las familias, para conseguir principalmente ca-
 mas y ropa para el servicio de los heridos, dando el raro
 ejemplo, de que el primer colchon que se llevara al hos-
 pital, fuera el suyo. A esta prueba de abnegacion en

favor de los enfermos, correspondieron muchas familias, prestando grandes auxilios, no solo en dar algunos objetos, sino aun de prestar sus servicios para asistir la ropa de los heridos, hacer hilas y otros objetos necesarios para la curacion.

Despues de atender como era debido á los que habian derramado su sangre en un glorioso combate, se distribuyeron algunas condecoraciones á varios oficiales y soldados y se concedió tambien la cruz del Aguila Mexicana á los batallones 1º y 3º colocando esta condecoracion en las banderas de los cuerpos, cuyo acto solemne tuvo lugar á las nueve de la mañana del día 16, despues de lo cual el Emperador felicitó á aquellos cuerpos por su brillante comportamiento en la accion del día 14; y el general Márquez amonestó á los soldados para que apreciaran en todo su valor aquella prueba de distincion, con la cual S. M. les daba á entender que los veia como Napoleon á su guardia vieja, por lo cual debian esforzarse en el cumplimiento de sus deberes como lo hicieron aquellos veteranos.

Visto que habian pasado dos dias sin que el ejército sitiador emprendiera otro ataque, el general Miramon propuso atacarlo en la posicion de S. Gregorio, entrando en la combinacion, que esto fuera en la madrugada del día 17, antes que hubiera luz para que el enemigo no conociera los movimientos: para esto se necesitaba una columna de infanteria que atacara la posicion por retaguardia, y otra que la atacara por un flanco, sostenidas las dos por la caballeria al mando del general Mejia. El Emperador accedió; y el general Márquez dió las órdenes necesarias para que el general Calvo con el depósito de oficiales cubriera el punto de la Cruz, para que el general Mendez con la brigada de reserva relevara en su línea á la division del general Castillo, quien debia concurrir al ataque de S. Gregorio.

El general Márquez no creia que ese ataque fuera de un resultado definitivo; pero aprobado el movimiento por el Emperador, dió las órdenes necesarias para el efecto. A las dos de la madrugada del día 17 el Emperador con su E. M. salió á situarse al Cerro de las Campanas y las fuerzas empezaron á tomar sus respectivas colocaciones: á este fin marchaba la del general Méndez, cuando al pasar una de las calles, se volcó uno de sus cañones en un foso, con lo cual se entorpeció la marcha de la columna, que no pudo relevar oportunamente al general Castillo en su línea; y como ya no dilataba la luz del día, el general Méndez corrió al Cerro de las Campanas, hecho que yo presencié, diciendo la causa del retardo de su marcha, y que el enemigo intentaba penetrar á la plaza por el punto de la Cruz. Tal vez, no fué causa bastante el cañon volcado, para suspender la marcha de la columna de Méndez; pero el hecho es que el tiempo habia pasado sin que él estuviera en el punto de su colocacion, y el general Castillo donde tenia que atacar; y estando próxima la luz del día, el plan habia fracasado, por lo cual el Emperador dió orden de que el general Miramon se reconcentrara á la plaza. Este hecho frustrado, solo sirvió para aumentar el disgusto entre los gefes: pues convencido el Emperador de que en el general Méndez hubo una falta, le quitó el mando de la brigada de reserva dándosela en mala hora al coronel Miguel López: el general Miramon se desagrado por suponer, que la conducta de Méndez habia sido un medio de que se valian sus desafectos para privarlo de la gloria de un triunfo; y tambien porque al quitar á aquel gefe el mando de la brigada de reserva, se le dió el de la primera division de infanteria. Estos motivos de descontento, que en todo caso debian ser malos, en aquellas circunstancias eran funestísimos; y léjos de procurar apagar-

se como lo exigia el bien público, había personas interesadas en fomentarlos, lo cual ocasionó un desastre irreparable.

Con el convencimiento ya de que el ejército republicano no atacaría, sino que prolongaría el sitio; y con vista de la escasez de recursos de toda especie, que cada día era mas apremiante, se pensó en tomar una resolución definitiva, sobre lo cual preguntó el Emperador su opinión al general Márquez, quien en su manifiesto nos da la contestación precisa en estos términos.

«Señor: si como soldado he de contestar, no puedo decir mas que debemos permanecer al frente del enemigo hasta que se decida la cuestión; pero si hemos de tener en consideración la parte política y la existencia del Imperio que fácilmente puede desaparecer en esta Ciudad, creo que se debe ocurrir á los recursos del arte, y obrar extratégicamente para salir de nuestra posición.

«Por esto pues, si yo mandara aquí, que es el caso, que V. M. me ha puesto; con el mayor sigilo organizaría mi marcha en el silencio de la noche, y al amanecer rompería el sitio, por el camino de Celaya en que serian derrotadas sin trabajo alguno las fuerzas enemigas que cubren esa línea y que no podrian resistir el choque de todo el ejército. Me posesionaría violentamente de la Estancia de las Vacas: daría el frente á la Ciudad, y esperaría al enemigo: que si iba á buscarme tenia yo segura la victoria en aquella excelente posición; y si no, yo continuaba tranquilamente para Celaya, haciéndole creer que me dirigia á Guanajuato. El día siguiente en vez de ese camino tomaba el de Acámbaro, diciendo que iba á Morelia; y al otro día en lugar de tomar este camino seguiria el de Maravatio ó Ixtlahuaca forzando marchas para llegar rápidamente á Toluca. Antes habia yo prevenido ya á la guarnición de México que saliese á mi encuentro pose-

sionándose del monte de las Cruces, y antes tambien habia dado la orden para que la guarnición de Puebla se replegase á México. De este modo reuniria, con los 9,000 hombres que hay aquí: 5,000 en México, 3,000 en Puebla, y 3,000 que, entre ambas ciudades se reclutarían fácilmente en pocos días, un total de 20,000 hombres con 100 piezas de artillería de campaña, con lo que libraria una batalla campal, cuyo buen éxito era seguro, atendida la buena calidad de mis tropas, y la circunstancia de tener reunido á mis órdenes lo mas florido y lo mas afamado del ejército en generales, gefes y oficiales, terminando así la cuestión de una manera tan completa que quedaramos dueños enteramente de todo el país, puesto que, así como yo hubiera reunido todos mis elementos, tambien el enemigo habria reunido los suyos, de consiguiente al ser derrotado, quedaria sin ninguno.

Este camino Señor, es carretero y amplio, el terreno abierto y las poblaciones que he citado abundantes en toda clase de recursos que se pueden sacar cómodamente, ademas de dinero para socorrer la tropas; y dichas poblaciones estan unas de otras con poca diferencia á una jornada de distancia. No creo, Señor, que el enemigo que no nos batió en el Cerro de las Campanas, se atreviese á seguirnos para librar una batalla campal; mas si lo hiciera, me batiria y correria mi suerte; y si no, llegaria tranquilamente á México para organizar el ejército, y salir al encuentro de mis contrarios.

«Al acabar yo de hablar brilló en el rostro del Soberano la satisfaccion y la alegría. Preguntó su opinión al general Mendez que lo escuchó todo, y este general contestó que cuanto yo habia dicho era lo mejor que podia hacerse. En esos momentos apareció el general Miramon, é impuesto de aquel proyecto por el Emperador, que cuidó de no decirle que era mio, porque así se lo ha-

bia yo suplicado, dicho general contestó estas palabras. «Señor, quien ha dicho eso á V. M. le ha dicho la verdad, porque eso es lo que se debe hacer.» ¿Vd. me responde del movimiento? le preguntó el Emperador. «Si Señor, yo respondo á V. M.» contestó Miramon. El general Castillo á quien fué á ver el Emperador en union mia, le respondió del mismo modo, comprometiéndose á igual responsabilidad. El general Vidaurri aceptó tambien la idea de la salida de Querétaro, queriendo solo que en lugar de ir á México, fuésemos á Monterey donde aseguraba al Emperador proporcionarle gente, cañones, armas portátiles, dinero y cuanto pudiera necesitar. Solo el general Mejía se opuso resueltamente al proyecto, diciendo, que era impracticable, porque apenas nosotros saliésemos de la Ciudad; el enemigo nos cargaria todas sus fuerzas, y nos hacia pedazos, sin darnos tiempo ni para formar.

«Ofreció al Emperador llevarle seguro hasta México con todas sus tropas, siguiendo el camino de la Sierra, pero con la condicion de abandonar en Querétaro toda su artillería, carros de municiones, comisaría, equipajes y todo lo demas que no fuera posible llevar por aquel camino. Los ojos del Emperador se arrasaron de lágrimas y dirigiéndose á mí me dijo estas palabras: «Es la primera campaña que hago en este país, y me da vergüenza volver á México, habiendo perdido mi artillería y mis trenes.»

Ese dia sin embargo quedó resuelta la salida del ejército á México, y se comunicaron las órdenes al efecto á los gefes superiores, lo mismo que al señor ministro García Aguirre, por quien lo supe con la calidad de orden reservada, como lo exigia la naturaleza del movimiento, fijándose la salida para la noche del 18. Al entrar la noche de ese dia, el mismo señor ministro me mandó avisar no tener ya lugar la salida por haberse tomado otra resolucion.

Este cambio lo ocasionó la oposicion del general Mejía y del coronel Ramirez Arellano: el primero se fundaba en lo que se ha dicho antes; y el segundo, era el que mas fomentaba la rivalidad entre Miramon y Márquez. Si el movimiento tenía mal éxito, sucumbia él como todos; si lo tenía feliz, la gloria era del general Márquez, lo cual queria evitar, procurando en todo la de Miramon. Por esto trabajó con empeño para disuadir á todos los gefes y al Emperador de esa salida, como en efecto se consiguió. Es verdad que si se hubiera conseguido la victoria sin salir de Querétaro, la gloria del ejército era mayor; pero quedar encerrados en una plaza sin todos los elementos necesarios, era exponerse á un desastre, que al fin tuvo lugar hundiendo al país en un abismo.

Una vez resuelta la permanencia en la plaza, se siguió trabajando porque se diera el mando del ejército al general Miramon, que podria atacar al enemigo de una manera decisiva, para lo cual siempre no estaban conformes los gefes principales, y el emperador reunió una junta el dia 20 á fin de que discutiendo entre todos los generales, las distintas opiniones que se proponian se fijara la resolucion mas conveniente. En esa junta se hizo mas palpable el mal efecto de la rivalidad entre los dos principales gefes del ejército, pues allí no solo fué censurada fuertemente la conducta del general Márquez, sino que aun se inició la idea de que era una cobardía querer abandonar la plaza, para cuya defensa debian hacerse ir de México algunos recursos, supliendo allí lo demas. Verdaderamente difícil era la situacion del Emperador, en el estado en que se hallaban las relaciones de sus dos principales generales. El general Márquez juzgaba y con razon, como lo demostraron despues los hechos, que si no se cortaba aquella situacion provocando al enemigo una accion campal, el resultado final habia

de ser malo, porque en los ataques que diera el enemigo, ó en los parciales á que se provocara, no podría llegarse á un resultado definitivo, y al fin la falta de víveres los haría sucumbir. Esta era también la opinión del general Miramon, pero la desgracia que no dejó de agitar allí sus negras alas, hizo que al fin viniera él á apoyar una opinión contraria, tal vez con la esperanza de que dándosele el mando del ejército podría tener la fortuna de adquirir el deseado triunfo y cubrirse así de mayor gloria. Yo creo, que si el general Miramon hubiera tenido la abnegación que manifestó en Orizaba, y de la cual dió un brillante testimonio en Querétaro antes de la llegada del Emperador, se habría salvado la situación: pero aquella funesta división, que fué ocasionada por personas que no dejaron un momento de exaltar el orgullo y la ambición de aquel bizarro caudillo, fué la causa de la prolongación del sitio, que trajo como consecuencia el desenlace que tuvo.

No era posible seguir en aquella situación, sin procurarle algún remedio: se creía necesario algún auxilio proporcionado de México, tanto de dinero de que ya se carecía absolutamente, como de fuerza y otros elementos de guerra, que no se podían suplir allí sino con grande esfuerzo y siempre de una manera incompleta: se tenía también la idea de que en el ministerio no había la suficiente energía y actividad para reunir en México y mandar á Querétaro los auxilios tan deseados, de lo cual nació la idea de cambiarlo; y para hacer todo esto, el Emperador depositó toda su confianza en el general Márquez, que tantas pruebas de lealtad le había dado. Y con mandar al general Márquez á México, no solo cubría la necesidad que tenía allá de una persona de su constancia y enérgica laboriosidad, sino que, y esto fué lo que principalmente determinó la marcha á México del jefe del E. M., quitaba

de la plaza el motivo de desavenencia en los gefes, que tan funestos efectos estaba causando, dejando así expedita la acción del general Miramon para obrar en el sentido que se creía para tener un resultado definitivo. Así fué, que el Emperador nombró al general Márquez Lugar-teniente del Imperio, con facultades amplias para obrar en el desempeño de un encargo, según las instrucciones reservadas que para el caso le dió: disponiéndose también, que lo acompañara D. Santiago Vidaurri á quien se nombró presidente del Consejo de Ministros y encargado de la cartera de Hacienda.

El día 21 de Marzo había llegado un refuerzo de víveres á los sitiadores, que se depositó en la Hacienda de San Juanico, que era uno de los principales puntos de la línea republicana; y como en la plaza ya se sentía una gran carestía, se dispuso batir al enemigo en aquella posición para quitarle aquellos elementos. Esta operación fué encomendada al general Miramon, quien al amanecer el día 22 salió de la plaza con dos columnas; una sobre el camino de San Juanico compuesta de la caballería de la frontera, el regimiento de la Emperatriz y dos cuerpos de infantería con seis piezas; y la otra compuesta del 5º de caballería y el batallón de Guardia Municipal, sobre el camino del Pueblito y Hacienda del Jacal. En esta vez, como en todas las que los sitiados emprendieron alguna salida, los sitiadores no resistieron su empuje, y la columna imperial forzó las líneas contrarias y se apoderó de San Juanico, dispersando al desproporcionado número de fuerza que guarnecía el punto; y como el objeto era solo apoderarse de los víveres, mientras se recogían estos, los republicanos quisieron recobrar el punto, pero fueron rechazados por el coronel Quiroga, que en su carga pasó los campamentos enemigos hasta la Hacienda de la Comunidad. Advertido este movimiento por el Cuartel

General Republicano, mandó en auxilio del punto atacado la caballería del general Guadarrama, cuya marcha se contuvo con solo la artillería, y la fuerza volvió á la plaza haciendo los cuerpos un movimiento sucesivo de flanco, por lo cual fué muy elogiado el talento militar del general Miramon. El botín de ese día fué crecido como se esperaba, principalmente en el número de animales de ganado mayor y menor, que dieron gran auxilio á la plaza que carecía de víveres.

En la noche de ese día, salió el general Márquez para México, llevando como escolta los dos cuerpos de caballería de la frontera al mando del coronel Quiroga; y siendo estos, 1,200 hombres, quedó ya bastante reducida esta arma en la plaza, siguiendo su disminucion todos los días, por haberse suplido la falta de alimento para los soldados, con la carne de los caballos de los cuerpos.

Las bajas que el ejército sitiador habia tenido en las refriegas de los días 8, 12, 14 y 22 de Marzo, fueron repuestas el día 23 con las tropas que ese día llegaron de los gefes Martínez, Méndez, Riva Palacio, Régules, y Velez, que habia sido uno de los mas distinguidos gefes en el ejército durante la guerra de la reaccion; pero en los últimos días del Imperio salió de la Capital para unirse á los republicanos, y fué uno de los que contribuyó mucho á mantener el sitio, así como á su desenlace.

Con ese refuerzo que era de algunos miles de hombres, intentaron dar otro ataque á la plaza, cuya fuerza disminuía por los muertos y heridos de los combates anteriores y la que salió para México serian de seis á siete mil hombres, que hasta ese día, en la línea exterior de defensa, solo tenían por muralla sus pechos.

El 24 en la mañana se puso en movimiento toda la fuerza republicana como para un ataque general; pero indicaron luego que lo principal de él seria por la línea

del Sur, que estaba absolutamente descubierta: veinte piezas de artillería colocadas sobre las lomas del Cimario habian de abrir la brecha en las débiles filas imperiales; y el ataque se preparó con un grueso de 16,000 hombres, organizados en fuertes columnas de infantería, apoyadas por las respectivas de caballería, compuestas de las divisiones de los generales Riva Palacio, Martínez y Méndez, las de Sinaloa y Jalisco y la 1ª del Norte, y la 2ª Division de caballería mandada por el general Guadarrama, las columnas de los gefes Carbajal y Aureliano Rivera, la 2ª brigada mandada por el coronel Martínez y la seccion de caballería del cuartel general mandada por el coronel Doria. A la vez se daría el ataque al punto de la Cruz, y el general Gerónimo Treviño, con la 2ª y 3ª division del Norte 1ª brigada de Coahuila y batallones Supremos Poderes y Nuevo Leon, deberia cubrir la línea Norte, quedando autorizados todos los gefes de línea para auxiliarse mutuamente, *aprovechando el desconcierto del enemigo y oportunidades que éste les presente.* (Orden secreta del día 23 de Marzo, comunicada de orden de Escovedo á los generales Ramon Corona, Gerónimo Treviño, Amado Guadarrama, Joaquín Martínez, Juan N. Méndez, comandante general de artillería, general Cuartel Maestre, y coroneles Pedro Martínez y Juan C. Doria.)

Para resistir el rudo choque de este numeroso ejército, la plaza no podia quitar de la línea de defensa la escasa guarnicion que la cubria, y para atender al punto principalmente amagado, solo pudo disponer de cuatro batallones dirigidos por los generales Miramon y Méndez y 400 caballos á cuyo frente estaba el valiente general Mejía.

A las nueve de la mañana, los sitiadores rompieron sus fuegos y luego sus numerosas columnas empezaron á descender, marchando hasta pocos pasos de la línea de los imperiales, que no habian disparado un tiro; pero al apro-